



VLADIMIR ODOIEVSKI  
**EL COSMORAMA**

MALDOROR ediciones



**Vladimir Odoievski**

# **EL COSMORAMA**

**Traducción:**

**Jorge SEGOVIA y Violetta BECK**

**MALDOROR ediciones**

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada  
por los editores, viola derechos de copyright.  
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original :  
**Kosmorama**  
Izdatielstvo AST

Primera edición: 2009  
© Maldoror ediciones  
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN-13: 978-84-96817-03-6

Maldoror ediciones, 2009  
maldoror\_ediciones@hotmail.com  
www.maldororediciones.eu

# *EL COSMORAMA*



dedicado a la condesa E. R (ostopchin)

*Quidquid est in externo est etiam in interno*  
(Neoplatónicos)

La pasión que tengo por investigar en los libros viejos me ha llevado a menudo a curiosos descubrimientos; espero a la larga poder ofrecer la mayor parte al público cultivado, pero considero que muchos de ellos necesitan un prólogo, una introducción, comentarios y otros aparatos críticos; ni que decir tiene que todo eso exige tiempo, así que he resuelto proponerle a los lectores algunos de mis hallazgos sencillamente en el estado en que llegaron hasta mí.

Para comenzar, quisiera hacerles parte de un extraño manuscrito que compré en una subasta, con todo un lote de viejos libros de contabilidad y papeles familiares. Se ignora quién lo ha escrito y en qué época, pero lo importante es que la primera parte, que constituye un relato en sí, está redactada en papel de cartas, con una escritura bastante reciente y hasta muy bella, de modo que pude entregársela al impresor sin necesidad de copiarla de nuevo. No hay aquí, pues, nada que sea de mi pluma; sin embargo, quizá algunos lectores me reprochen haber dejado muchos pasajes sin explicación. Me apresuro a tranquilizarlos anunciándoles que preparo cerca de cuatrocientos comentarios, de los cuales doscientos ya están acabados. Todos los acontecimientos relatados en este manuscrito se explican ahí como

dos y dos son cuatro, de tal manera que no quedará ya la menor ambigüedad; esos comentarios constituyen un volumen en cuarto bastante considerable y serán publicados aparte. Entretanto, trabajo sin descanso en descifrar la continuación del manuscrito, lamentablemente redactado con una escritura completamente ilegible, y no tardaré en ofrecerla a la curiosidad del público; por ahora, me contentaré con informar que la continuación tiene un nexo con las páginas que siguen, pero abraza la segunda mitad de la vida del autor.



## EL MANUSCRITO



Si hubiese podido suponer que mi existencia sería un encadenamiento de aventuras incomprensibles y prodigiosas, hubiera consignado los menores detalles para la posteridad. Pero mi vida, en sus comienzos, era tan sencilla, tan parecida a la vida de cualquier otro hombre, que no se me ocurrió no sólo anotar cada uno de mis días, sino ni siquiera conservar el recuerdo. Los fantásticos acontecimientos de los que a la vez fui testigo, actor y víctima, se insinuaron en mi existencia de manera tan imperceptible, se incorporaron tan naturalmente a las circunstancias de mi vida cotidiana, que, los primeros tiempos, no pude discernir plenamente toda la extrañeza de mi situación.

Confieso que, trastornado por lo que vi, y no estando decididamente en estado de distinguir la realidad del simple juego de mi imaginación, aún hoy soy incapaz de desentrañar mis impresiones. Todo lo demás casi se ha borrado de mi memoria; únicamente recuerdo los acontecimientos que se relacionan con las incursiones en la *otra* vida, o más bien, en la vida de *otra parte* -no sé cómo llamar a este estado irreal en que me encuentro, cuyos misteriosos eslabones se remontan a mi infancia, antes incluso de que hubiese comenzado a adquirir conciencia de mí mismo, y que aún hoy resurgen con una terrible continuidad lógica, de manera inopinada y casi contra mi voluntad; obligado a huir de los hombres, temiendo a cada instante que el menor movimiento de mi alma se transforme en crimen, evito a mis semejantes y en mi desesperación, confío mi vida al papel, apelando en vano a todas las fuerzas de mi razón para encontrar un medio de escapar a estas misteriosas redes tendidas para perderme. Pero me doy cuenta que todo lo que dije hasta el momento sólo puede ser comprendido por personas que hayan atravesado las mismas pruebas que yo, por eso voy a apresurarme para llegar al corazón de los acontecimientos. No hay en este relato nada imaginado, ninguna fabula-

ción. Me he mostrado ora detallista, ora conciso, según el capricho de la memoria –tanto intenté guardarme de la menor invención. No me arriesgaré a explicar las aventuras que me han ocurrido, pues lo que será incomprensible para el lector lo es igualmente para mí mismo. Alguien poseyendo la verdadera clave de los jeroglíficos de la vida humana quizá sabrá sacar mejor partido que yo de mi propia historia. ¡Ese es mi único deseo!

\* \* \*

Apenas tenía más de cinco años cuando un día, al atravesar la habitación de mi tía, vi sobre la mesa una especie de caja cubierta con un papel multicolor con dibujos dorados que representaban flores, caras y diversas figuras; todo ese despliegue de colores maravilló al niño que yo era y cautivó mi atención. Mi tía entró en la pieza.

- ¿Qué es? –le pregunté con impaciencia.

- Un juguete que te ha enviado nuestro doctor Bin; pero te lo daremos cuando seas juicioso.

Con esas palabras, mi tía empujó la caja contra la pared, de modo que ya sólo pude ver la tapa, sobre la que había colocada una magnífica bandera del más bello color amaranto.

(Debo informar a mis lectores que yo no tenía ni padre ni madre, y que estaba siendo educado en la casa de mi tío.)

Aquellas palabras de mi tía, tanto como la visión de la caja, encendieron mi imaginación de niño; un juguete, y lo que es más, ¡un juguete que me estaba destinado! Yo recorría vanamente la pieza mirando de reojo la fascinante caja –ora de un lado, ora del otro–; mi tía fue

inflexible. Después sonaron las nueve y me acostaron; pero no podía dormir. Cuando cerraba los ojos, veía la caja, con todas sus flores doradas y sus banderas; tenía la impresión de que se abría y que salían de allí maravillosos niños con ropas doradas haciéndome señales para que me acercara: y entonces me despertaba. A fin de cuentas, me fue absolutamente imposible quedarme dormido, a pesar de todas las exhortaciones de mi nodriza; y cuando amenazó con ir a buscar a mi tía, decidí arreglármelas de otra manera; mi joven imaginación se entregó a un rápido cálculo: si yo me dormía, quizá mi nodriza saliese de la pieza, pues mi tía se encontraba en ese momento en el salón; así, pues, me hice el dormido. Todo se desarrolló como había previsto. Mi nodriza salió de la habitación –yo salté prestamente de mi cama y me dirigí al gabinete de mi tía; acercar una silla de la mesa, subir a la misma, y apoderarme de aquella fascinante caja, todo eso fue cosa de un instante. Sólo entonces, a la débil luz de la lámpara, pude ver que en la caja había una redonda lente de cristal a través de la que se veía luz; después de echar una ojeada tras mis espaldas para cerciorarme de que mi tía no llegaba, acerqué la lente a mis ojos, y vi una perspectiva de estancias magníficas, ricamente amuebladas, a través de las cuales deambulaban, suntuosamente vestidas, personas que yo no conocía de nada; por todas partes destellaban las lámparas y los espejos, como si allí hubiese una fiesta; pero imagináos cuál no sería mi sorpresa cuando en una de las estancias más apartadas vi a mi tía. De pie cerca de ella, un hombre le besaba apasionadamente la mano mientras que ella lo abrazaba; sin embargo, aquel hombre no era mi tío –pues éste era bastante corpulento, moreno, y vestía de paisano–, mientras que aquel hombre era un apuesto oficial esbelto y rubio, con bigotes y espuelas. No pude admirarlas mucho tiempo. Fui arrancado de mi hechizo con un tirón de orejas; me volví: mi tía estaba ante mí.

- ¡Ah, tía! ¿Cómo puede estar aquí? Acabo de verla dentro de la lente...

- ¿Qué tonterías dices?

- ¡Se lo aseguro, tía! Y había un rubio oficial que le besaba la mano...

Mi tía se estremeció, se enojó, me reprendió y me llevó a mi habitación tironeándome de la oreja.

A la mañana siguiente, cuando iba a saludarla, la encontré sentada a la mesa; la misteriosa caja estaba ante ella, pero sin la tapa, y mi tía sacaba de la misma diversas imágenes recortadas en papel. De pronto me detuve, sin atreverme a hacer un gesto, pensando que iba a ser castigado por mi tontería de la víspera, pero para mi sorpresa, en vez de regañarme, mi tía me preguntó enseñándome las imágenes recortadas:

- Vamos, ¿dónde me has visto aquí dentro? Muéstramelo.

Examiné detenidamente las imágenes: había allí pastores, vacas, tirolese, turcos, también había damas elegantemente vestidas y oficiales, pero no puede encontrar entre ellos ni a mi tía ni al rubio oficial. Aquel examen sin embargo había satisfecho mi curiosidad; la caja había perdido para mí todo su encanto y otro juguete -mi caballo de madera con ruedas- no tardó en hacerme olvidar completamente.

Poco tiempo después, sorprendí una conversación entre las nodrizas hablando de la visita de un primo húsar. Y cuando me presenté a mi tío, lo encontré en compañía de mi tía y del rubio oficial, cada uno sentado en un sillón. Apenas éste había tenido tiempo para dirigirme algunas palabras amables cuando dije:

- Pero yo le conozco, señor.

- ¿Cómo que le conoces? -preguntó mi tío con sorpresa.

- Le he visto antes...

- ¿Dónde le viste? ¿Qué dices, Volodia? -dijo mi tía con una voz irritada.

- En la caja -respondí ingenuamente.